
LAS ARMAS ESPACIALES

Rafael Dezcállar



5

Es necesario distinguir entre dos tipos de armas espaciales: las armas antisatélites (ASAT) y las armas defensivas antimisiles. Estas últimas son el objeto de la llamada Iniciativa de Defensa Estratégica (SDI) expuesta en 1983 por el presidente Reagan, y también conocida como la «guerra de las galaxias».

Las armas antisatélites no están destinadas a destruir misiles enemigos en vuelo hacia su objetivo, sino a destruir los satélites que cumplen funciones claves en el dispositivo militar enemigo: funciones de observación, detección y comunicación, entre otras. Estados Unidos tiene en marcha un proyecto de sistema ASAT formado por un misil convencional lanzado des-

de un avión F-15 volando a gran altura, y los ensayos han dado hasta ahora resultados satisfactorios. En 1985 está previsto que continúen las pruebas, pese a que la URSS ha denunciado esta militarización del espacio y ha pedido que se interrumpan los ensayos. EE.UU. responde subrayando la hipocresía de la URSS, que ya ha desarrollado su propio sistema ASAT.

Esto es cierto, pero el sistema soviético es un tanto rudimentario, exige la puesta en órbita previa de un satélite «asesino» el día anterior al del ataque, y no es capaz de alcanzar las órbitas altas en las que están situados algunos de los más importantes satélites americanos.

Parece necesario que Estados Unidos se muestre flexible en este tema. No es bueno que se produzca un salto cualitativo en los sistemas antisatélites. La militarización masiva del espacio y el inicio de una carrera de armamentos de este tipo sería enormemente cara y dejaría a todos los países que se sirven de satélites para realizar una serie de funciones, sobre todo de comunicación e investigación, en posición de completa vulnerabilidad frente a las armas antisatélites de las superpotencias. Esto afectaría particularmente a los países europeos, que poseen la tecnología y los recursos suficientes para realizar proyectos conjuntos de aprovechamiento pacífico del espacio, pero que en cambio no poseen los medios para proteger militarmente sus satélites. Esta evolución es preocupante, y lo sería aún más si los vuelos del transbordador espacial americano —y de su eventual competidor soviético— empiezan a tener un contenido cada vez más militar: una carrera en espiral entre armas antisatélites cada vez más destructoras y satélites en órbita que cada vez tendrían que parecerse más a pequeñas fortalezas electrónicas (a fin de intentar protegerse de eventuales ataques), y tendría costes económicos y políticos muy elevados. Hasta ahora el espacio exterior ha sido empleado para fines predominantemente pacíficos, y es necesario evitar que el uso limitado que de él ha hecho con fines militares dé paso a una militarización total.

Los satélites cumplen además una función estabilizadora en la disuasión nuclear entre las superpotencias al proporcionar informaciones que hacen posible la verificación de los acuerdos sobre limitación de

El SDI se ha convertido en el proyecto favorito de los sectores conservadores de la Administración Reagan.

armamentos, y por tanto la existencia misma de esos acuerdos. Su capacidad de observación permite, asimismo, detectar movimientos de tropas de cierta importancia, algo que hace mucho más difíciles los ataques sorpresa contra cualquiera de las superpotencias o de sus aliados, lo que a su vez contribuye a la estabilidad de las relaciones Este-Oeste. Los satélites son los ojos de los Estados: desarrollar armas capaces de destruirlos supone arriesgarse a dejar ciegas a dos superpotencias adversarias, nerviosas sobre las intenciones de la otra parte, y con una capacidad de destrucción inmensa. Las armas antisatélites no contribuyen a la estabilidad de la disuasión y, como sería irreal hablar de su eliminación, al menos podemos aprovechar el hecho de que se encuentran en un período de desarrollo relativamente incipiente para intentar imponer límites estrictos en ese desarrollo, y si es posible congelarlo. Sin embargo, la URSS ha perdido mucho de su interés en la limitación de las armas antisatélite desde que ha comprendido las implicaciones del SDI (Iniciativa de Defensa Estratégica): la URSS necesita ahora desarrollar los sistemas de armamentos que podrían hacerle falta para tratar de inutilizar los satélites que EE.UU. emplearía en su sistema de defensa antimisiles.

Vamos a entrar ahora en lo que seguramente será el punto más conflictivo de las negociaciones: las armas defensivas antimisiles y el proyecto norteamericano de desarrollo de las mismas, conocido como SDI o «guerra de las galaxias». SDI se ha convertido en el proyecto favorito de los sectores conservadores de la Administración Reagan, y especialmente del propio Presidente. El SDI, al mismo tiempo, ha provocado reacciones muy duras en otros sectores de Estados Unidos, en Europa y, sobre todo, en la Unión Soviética, cuyos dirigentes lo consideran una amenaza potencial muy grande para su seguridad nacional, hasta el punto de que han sido la

espada de Damocles del SDI, y la perspectiva de una carrera de armamentos en el espacio en la que la URSS estaría en posición de inferioridad, los factores más poderosos para el retorno de Moscú a la mesa de negociaciones. La intensidad de todas estas reacciones y el hecho de que el proyecto SDI se encuentra aún en fase de investigación, y que su eventual despliegue no se iniciaría como mínimo hasta la próxima década, sugieren que se va a convertir no sólo en el centro de estas conversaciones sino también del debate político Este-Oeste, y que las dos grandes potencias van a intentar conseguir el apoyo de la opinión pública internacional y sobre todo europea, en una posible versión intensificada y prolongada de lo que en los últimos cinco años fue el debate sobre los euromisiles.

¿Por qué es el SDI algo realmente nuevo y diferente? ¿Por qué podría llegar a alterar totalmente el actual equilibrio nuclear?

El SDI es un intento de basar la seguridad de Estados Unidos no sólo en el empleo de misiles nucleares ofensivos, destinados a ser lanzados contra objetivos enemigos, sino también en la creación de un sistema de misiles y otras armas defensivas que se encargarían de destruir los misiles que un eventual enemigo hubiera decidido lanzar contra Estados Unidos. De esta forma, Estados Unidos sería invulnerable a un ataque nuclear.

Esta idea supone una revolución en la forma de pensar que hasta este momento ha determinado las estrategias nucleares de las dos superpotencias. Desde los años sesenta y setenta el equilibrio nuclear ha descansado sobre la vulnerabilidad recíproca de Estados Unidos y la Unión Soviética ante un ataque nuclear del adversario: la existencia de una capacidad de Destrucción Mutua Asegurada (MAD) constituía la clave de la disuasión mutua. El mantenimiento de esta vulnerabilidad

de ambas superpotencias era considerado como una garantía de que ninguna de ellas lanzaría un ataque nuclear contra la otra, puesto que esto significaría que la potencia atacada a su vez podría responder con sus armas nucleares, eliminando de la faz de la Tierra a la potencia que atacó primero. La Destrucción Mutua Asegurada era contemplada como un seguro de que ninguna de las dos grandes potencias atacaría a la otra, porque esa decisión equivaldría a su suicidio como nación.

Esta es la situación actual. Estados Unidos y la Unión Soviética han construido sus arsenales y sus estrategias nucleares sobre la base del principio de vulnerabilidad mutua, que hasta ahora ha demostrado ser eficaz, en el sentido de que en su período de vigencia ninguna de las dos superpotencias ha considerado ni siquiera remotamente la posibilidad de un ataque nuclear contra la otra. La limitación estricta de armas defensivas contenida en el tratado sobre misiles antibalísticos (ABM) de 1972 supone el reconocimiento implícito por ambos países de los efectos estabilizadores de la vulnerabilidad recíproca.

El SDI introduce una revolución en estos planteamientos. El SDI parte de la base de que mantener la vulnerabilidad del territorio de Estados Unidos es una situación insatisfactoria desde el punto de vista de la seguridad nacional norteamericana. El sueño de Reagan es liberar a su país de la amenaza permanente de destrucción nuclear, una amenaza que ha condicionado decisivamente la visión desorientada y pesimista que el hombre tiene de sí mismo desde el final de la segunda guerra mundial.

Por otro lado, a lo largo de la Historia,

EE.UU. y la URSS han construido sus arsenales y sus estrategias nucleares sobre la base del principio de vulnerabilidad mutua.

siempre que un Estado ha considerado que poseía los recursos económicos y tecnológicos para hacerse invulnerable frente a una amenaza militar enemiga ha he-

cho lo posible por conseguirlo. En la misma idea de un equilibrio militar fundado sobre la vulnerabilidad mutua existe un elemento de inestabilidad potencial, puesto que si uno de los dos países enfrentados considera que posee los medios para escapar de esa invulnerabilidad indudablemente su primer impulso será intentarlo.

Pero hasta este momento se pensaba que una defensa antimisiles era técnicamente imposible. El cambio se ha debido a los progresos realizados en la última década en una serie de campos fundamentales: óptica, sistemas de detección, observación y seguimiento, computadores, rayos láser, rayos de partículas, satélites, sistemas de comunicación y de control automático, sistemas de guiado de disparos. Estas tecnologías están todavía en fase de investigación y el sistema no sería operativo hasta dentro de varios años.

Mientras tanto, las enormes sumas de dinero que en él se están gastando han devuelto su prosperidad a amplias zonas de Estados Unidos fuertemente dependientes de la industria de armamentos.

El sistema de armas antimisiles operaría como una triple barrera de protección, con tres escalones adaptados a las tres fases de la trayectoria del misil atacante. El sistema trataría de destruir los misiles enemigos en cada una de esas tres fases de la trayectoria, minimizando las probabilidades de que un misil llegue intacto desde su base de lanzamiento hasta su objetivo.

Durante la primera fase, desde el lanzamiento del misil hasta que sale de la atmósfera, satélites de observación colocados en órbita geoestacionaria sobre las bases de lanzamiento soviéticas detectarían inmediatamente el lanzamiento del misil, contra el que serían dirigidos rayos láser o rayos de partículas que podrían o bien ser generados en tierra y dirigidos contra su objetivo mediante espejos situados sobre satélites en órbita, o bien ser

provocados con la ayuda de explosiones nucleares en el espacio de misiles lanzados con tal objeto.

La segunda fase actuaría mientras que el misil desarrolla su trayectoria en el espacio, lo que en el caso de los misiles intercontinentales exige unos 25 minutos, y unos ocho en el caso de misiles de alcance intermedio. Durante ese tiempo se dirigirían contra el proyectil rayos láser y de partículas con la ayuda de una vasta red de satélites militares situados a tal fin en el espacio de forma permanente. Tampoco se descarta que puedan ser lanzados contra el misil en vuelo misiles convencionales o nucleares (los americanos preferirían que fueran convencionales, porque si existieran armas nucleares susceptibles de ser empleadas en el espacio se crearía la amenaza de su posible empleo contra objetivos situados en tierra).

En principio, la idea de reemplazar un equilibrio precario basado en armas ofensivas por otro basado en armas defensivas resulta atractiva.

La tercera fase, de reentrada en la atmósfera, es la única que se encuentra algo más al alcance de la tecnología actual. Una red de sensores infrarrojos situados

tanto en tierra como a bordo de aviones detectaría el calor del misil y, con la ayuda de radares, se lanzarían contra él desde tierra otros misiles armados con cabezas no nucleares que lo destruirían sin provocar una explosión nuclear. El radio de acción de este tipo de sistemas operativos en la tercera fase sería de unos 50 kilómetros, por lo que serían eficaces para la protección de instalaciones militares —y en particular de los silos de los misiles nucleares del país que se defiende— pero no para proteger ciudades y poblaciones.

En principio, la idea de reemplazar un equilibrio precario basado en armas ofensivas por otro basado en armas defensivas resulta atractiva. ¿Por qué se han hecho entonces tantas críticas a este proyecto de Reagan?

En primer lugar, el coste del proyecto es enorme. Para la primera fase del pro-

grama de investigación se han asignado 26.000 millones de dólares en créditos presupuestarios, y si se llega a realizar el despliegue del sistema los costes serán

El principal problema de un sistema antimisiles es que resulta relativamente fácil organizar contramedidas capaces de poner fuera de combate a sus elementos vitales.

mucho más altos. La carga para el presupuesto público sería enorme, sobre todo en un momento en el que el déficit público se ha convertido en el problema fundamental de la economía norteamericana, y en el que todos los sectores de la Administración se están viendo forzados a recortar sus gastos. El aumento de gastos militares afectaría también a otros países debido a la carrera de armamentos que un sistema antimisiles americano desencadenaría.

Pero la mayoría de los críticos señalan que, además de caro, el sistema antimisiles no puede funcionar. Para ser eficaces, los mecanismos de protección deben ponerse en marcha durante la fase crucial de ascensión del cohete enemigo, hasta que abandona la atmósfera. Este período dura de tres a cinco minutos, y los avances técnicos permitirán reducirlo aún más en el futuro. En este corto período de tiempo debe producirse la detección del ataque, su comunicación a los responsables de la defensa nacional, la decisión de hacerle frente mediante el sistema antimisiles, el despliegue del mismo en posición de combate, y el disparo y el guiado del mismo contra el misil enemigo. Esto implica la necesidad de tomar decisiones de vida o muerte en un tiempo mínimo, y significa de hecho que las armas defensivas, por lo tanto, sólo podrían funcionar de acuerdo con una estrategia de «*launch-on-warning*», es decir, de disparo automático en cuanto se recibe la alerta del ataque enemigo. Esta estrategia resulta enormemente desestabilizadora porque priva a los responsables políticos de la capacidad de decisión real sobre el empleo de estas armas y la deja en manos de los militares, y crea el peligro de decisiones precipitadas. Esto contribuye a aumentar la inestabilidad de las situaciones de crisis y a limitar el margen de control político sobre las mismas. Los dirigentes políticos podrían

encontrarse en una situación parecida a la de los momentos previos al comienzo de la primera guerra mundial, en la que los gabinetes de los diferentes países euro-

peos tenían su poder de decisión limitado por la existencia de planes militares de ataque y defensa muy rígidos preparados por los Estados Mayores, planes que debían ser puestos en práctica sin perder un segundo para ser eficaces, y en los que las medidas preparatorias previas a la decisión definitiva de iniciar las hostilidades eran de tal envergadura que creaban un clima político y militar que conducía casi inevitablemente al desencadenamiento real de las mismas.

Por otra parte, este sistema complejísimo de armas de avanzada tecnología y delicado mantenimiento, que por su naturaleza y envergadura no podría ser sometido a una prueba general que demostrara su funcionamiento correcto, tendría que operar en esos tres o cuatro minutos con un grado de eficacia muy alto, porque dado el poder destructor de las armas nucleares un índice de error pequeño tendría consecuencias catastróficas.

Pero el principal problema de un sistema antimisiles es que resulta relativamente fácil organizar contramedidas capaces de poner fuera de combate a sus elementos vitales, que son muy vulnerables. Este es el caso especialmente de los satélites en órbita: la idea de unos satélites «acorazados» resulta poco practicable por los límites de peso de los objetos que pueden colocarse en órbita y porque no resulta fácil defenderse del tipo de armas que contra ellos podrían ser empleadas. Sin embargo, es casi seguro que también aquí se iniciaría una carrera entre los armamentos antisatélites y los sistemas de defensa de éstos, cuyo coste sería considerable y que al final sería probablemente «ganada» por los sistemas ofensivos.

Las contramedidas electrónicas permi-

tirían también al país atacante perturbar o interrumpir las comunicaciones entre los centros de control situados en tierra y los satélites en órbita, bloqueando, asimismo, el funcionamiento del sistema. El país atacante podría enviar falsos misiles, sin cabeza nuclear alguna, mezclados con los misiles verdaderos, a fin de camuflar mejor a éstos, confundir a los radares enemigos y obligar al enemigo a desperdiciar su munición defensiva. Y los misiles podrían ir recubiertos de un material acorazado y reflectante que les protegiera contra los rayos láser que contra ellos se lanzaran.

Pero de todas las contramedidas posibles, la más eficaz sería la de saturar las defensas contrarias. Las grandes potencias poseen ya en la actualidad un número de cabezas nucleares suficiente para aniquilar varias veces a la especie humana. La presencia de un sistema defensivo antimisiles conduciría a que el país que deseara mantener una capacidad ofensiva suficiente multiplicara el número de sus misiles para saturar las defensas enemigas y aumentar las probabilidades de penetrarlas. La saturación obligaría a aumentar el número de explosiones nucleares, lo que tendría efectos colaterales muy graves.

Todo esto lanzaría al mundo a una carrera de armamentos ofensivos y defensivos —porque es evidente que, si los Estados Unidos se dotan de un sistema antimisiles la URSS no descansará hasta tener el suyo, acaso más tosco que el americano, pero de una eficacia comparable— enormemente desestabilizadora para las relaciones internacionales.

Otro problema del SDI es que sólo protegería a Estados Unidos contra los misiles balísticos, y no ofrecería protección alguna frente a los misiles de crucero ni frente a los bombarderos. Weinberger ya ha dicho que habría que crear toda una nueva red de radares y sistemas defensi-

vos contra estas armas, lo que resultaría muy caro —el antiguo Secretario de Defensa Schlesinger ha estimado su coste en 50.000 millones de dólares anuales— y tendría además una dudosa eficacia frente a los misiles de crucero, cuya detección es difícil, especialmente si previamente se les ha preparado un pasillo de penetración mediante la destrucción de radares defensivos. Por lo tanto, el sueño de Reagan de un mundo liberado de la amenaza de las armas nucleares podría ser un sueño imposible: no parece que se pueda construir un sistema defensivo totalmente impermeable.

Naturalmente, el programa SDI está en una fase de investigación y hasta que no se termine ésta no se podrá llegar a conclusiones sólidas sobre lo que es posible o no desde el punto de vista tecnológico. Pero a la vista de la tecnología hoy existente y de lo que se sabe sobre la que se está

Si EE.UU. construye un sistema antimisiles sería interpretado por la URSS como un intento para conseguir la superioridad nuclear.

desarrollando en el programa SDI, puede decirse que las contramedidas capaces de impedir el funcionamiento del sistema antimisiles resultan más fáciles de desarrollar y de emplear con eficacia y de forma masiva que las eventuales contra-contramedidas destinadas a protegerse de ellas. Y, desde luego, la perspectiva de una carrera de armamentos en el espacio provocada por una espiral de este tipo tendría efectos económicos y políticos desastrosos para el mundo.

Existe otro tipo de críticas que no se refieren a las dificultades técnicas para el funcionamiento de un sistema antimisiles, sino al hecho de que, aún en el caso extremadamente improbable de que efectivamente fuera posible crear un sistema de este tipo realmente eficaz, su existencia tendría efectos políticos muy negativos.

Si Estados Unidos construye un sistema antimisiles, la Unión Soviética quedaría: 1) vulnerable, porque no posee todavía su propio sistema de defensa; y 2) desarma-

da, porque el objetivo de un sistema antimisiles sería precisamente negarle la posibilidad de utilizar sus armas ofensivas. Un lado tendría todas las ventajas (es invulnerable y mantiene su capacidad ofensiva) y el otro lado todos los inconvenientes (es vulnerable y ha quedado desarmado).

Esto no puede ser interpretado por la URSS más que como un intento por parte de Estados Unidos de conseguir la superioridad nuclear sobre la Unión Soviética. Especialmente si, al mismo tiempo que se desarrolla un programa de investigación a gran escala sobre las armas defensivas, Estados Unidos está preparando todo un abanico de nuevas armas ofensivas: dos nuevos misiles intercontinentales —MX y *Midgetman*—, dos nuevos tipos de bombarderos estratégicos —B-1 y *Stealth*—, y acaba de instalar un nuevo tipo de SLBM, el *Trident-II*, en un nuevo tipo de submarino, el de la clase *Ohio*. Todo ello aparte de los misiles *Pershing-II* y de cruceros instalados en Europa, que pese a las razones que aducen los occidentales son considerados por los soviéticos como especialmente peligrosos (un *Pershing-II* está a unos cinco minutos de Moscú).

La Unión Soviética nunca se quedaría de brazos cruzados ante una evolución de este tipo. La reacción soviética está expresada en esta declaración de Andropov pocos días después del discurso de Reagan sobre la guerra de las galaxias:

«A primera vista, quienes no conocen bien estos temas pueden incluso sentir una cierta simpatía por estas medidas defensivas de las que habla el presidente Reagan. Pero sólo a primera vista, y sólo en el caso de quienes realmente no conocen bien estos temas. En realidad, las fuerzas ofensivas estratégicas de los Estados Unidos continuarán siendo desarrolladas y perfeccionadas de forma intensiva y con un objetivo muy claro, el de adquirir la capa-

cidad de asestar un primer golpe nuclear. En este contexto, el intento de asegurarse la posibilidad de destruir mediante defensas antimisiles los sistemas estratégicos de la otra parte, es decir, de privarla de la capacidad de enviar un ataque de respuesta, constituye una maniobra destinada a dejar a la Unión Soviética desarmada frente a la amenaza nuclear de los Estados Unidos»¹.

La desestabilización del equilibrio nuclear tendría consecuencias muy negativas para la situación internacional en su conjunto, introduciendo elementos estructurales que aumentarían sustancialmente el peligro potencial de las situaciones de tensión Este-Oeste, aparte de la crisis que se produciría en el momento en que los norteamericanos decidieran desplegar un sistema defensivo.

Para un país como la Unión Soviética, con un sentido paranoico de inseguridad y de estar sometido a un cerco, una situación de esta naturaleza resulta particularmente amenazadora. Además, un proyecto de estas características, desplegado en gran parte en el espacio, exacerba el complejo de inferioridad soviético frente a la potencia tecnológica y económica norteamericana.

Un último argumento político contra la guerra de las galaxias es que llevaría a violar el Tratado que prohíbe las armas antimisiles (excepto en número muy limitado), el llamado Tratado ABM de 1972, uno de los principales logros políticos de la distensión (aparte de la eventual violación del Tratado de 1967 que prohíbe la nuclearización del espacio exterior). Responsables americanos han señalado que se comprometen a respetar el Tratado durante los próximos tres años, dejando

entender que pasado ese tiempo no se comprometen a nada. Estados Unidos afirma que la URSS ha violado el Tratado, al haber construido en Krasnoyarsk

La desestabilización del equilibrio nuclear tendría consecuencias muy negativas para la situación internacional en su conjunto.

(Siberia occidental) un radar gigante que por sus características técnicas parece ser parte de un sistema antimisiles. Pero aún en el caso de que esta violación sea cierta

Con o sin sistema antimisiles la URSS carece de la capacidad de realizar un primer golpe que destruyera las armas nucleares americanas.

—y es casi seguro que sí lo es— lo que habría que hacer es exigir enérgicamente a los soviéticos la destrucción del radar, porque es una cuestión de principio; pero no responder a su violación del Tratado con otra violación a una escala mucho mayor, y que desequilibra completamente los principios hasta ahora aceptados de la disuasión mutua, algo que el radar de Krasnoyarsk desde luego no hace. En los propios Estados Unidos, la Comisión Scowcroft, de composición bipartidista, indicó en 1984 que la violación o denuncia del Tratado ABM tendría consecuencias muy negativas.

La Administración americana ha contestado a estas críticas aduciendo una serie de argumentos. Su punto de vista es que es posible convencer a los soviéticos de la «racionalidad intrínseca» de la idea de basar el equilibrio nuclear sobre armas defensivas y no ofensivas: la confianza de los norteamericanos en su visión del mundo les lleva a pensar a veces que basta con explicar bien las cosas para que otros países adopten su punto de vista. Pero cuando la mentalidad, los valores y las preocupaciones son tan diferentes como sucede con los soviéticos en esta cuestión, no existen muchas probabilidades de que esto ocurra.

Ronald Reagan afirmó en cierto momento que Estados Unidos estaría dispuesto a ceder a la Unión Soviética la tecnología necesaria para que ésta construyera su propio sistema de defensa antimisiles. Esta idea resulta bastante irreal, y sus asesores se han encargado de impedir que Reagan la repitiera. Transferir a la URSS la tecnología del SDI significaría explicar a los soviéticos la forma en que funciona el sistema antimisiles norteamericano, con lo que se les estaría indicando al mismo

tiempo cómo y dónde tendrían que atacarlo para que dejara de funcionar. No existe entre los dos países ni el fondo de confianza política ni la infraestructura de

colaboración militar y científica necesarias para ceder una tecnología de esta naturaleza, algo a lo que por otra parte se opondrían terminantemente el Congreso, el Pentágono y la mayoría de la opinión pública.

Pero los americanos insisten en que su deseo es que no sea sólo EE.UU. el que disponga de un sistema defensivo, sino que la URSS también llegue a tener el suyo, a fin de reemplazar el equilibrio basado en armas ofensivas por otro basado en armas defensivas.

Los críticos del SDI responden que pasar de un determinado modelo de equilibrio a otro es algo extremadamente delicado, sobre todo en un campo como el nuclear, y que sólo podría hacerse de forma fluida si existiera un acuerdo de principio entre las dos partes sobre la filosofía del nuevo sistema, y una dosis de confianza mutua suficiente como para resolver los momentos de tensión que en una transición de este tipo no dejarían de presentarse. Estas condiciones no existen por ahora, por lo que la introducción en estos momentos por una de las partes de un sistema antimisiles no puede ser interpretado por la otra más que como una acción desestabilizadora destinada a conseguir la superioridad nuclear.

Incluso si ambas partes tuvieran sistemas antimisiles perfectamente infranqueables, sería muy difícil que se consolidara un nuevo equilibrio y que se detuviera la carrera de armamentos porque ninguna de ellas descansaría hasta desarrollar los sistemas defensivos capaces de penetrar esas defensas. La rivalidad política e ideológica y la desconfianza mutua les impedirían conformarse con una situación en la que no tuvieran la posibilidad de

atacar a la otra parte cuando el problema de fondo es político.

La solución sólo puede ser política, no tecnológica. La seguridad de Estados Unidos no puede basarse en un complejo mecanismo electrónico, sino en una estabilización y un control de sus relaciones de rivalidad política con la Unión Soviética.

Por otro lado, esa fase de transición tendría que implicar la introducción gradual de sistemas defensivos y la reducción proporcional de las armas ofensivas, de forma que la URSS percibiera que los americanos no desean establecer su invulnerabilidad al mismo tiempo que refuerzan la vulnerabilidad soviética. Sin embargo, éste es precisamente el mensaje que está enviando en estos momentos Washington a Moscú, debido al refuerzo de sus sistemas ofensivos y defensivos. Pero es dudoso que los norteamericanos,

que también desconfían de las intenciones y del poderío militar de la Unión Soviética, accedieran a correr el riesgo de reducir sus sistemas ofensivos y dejarlos en una

situación de relativa inferioridad frente a los de la URSS (a fin de compensar la superioridad americana en el plano defensivo) como precio del despliegue de un sistema de guerra de las galaxias sobre cuya eficacia existe un alto grado de escepticismo.

Los defensores del SDI han señalado que, pese a la confusión inicial sobre el alcance de la protección posible que se podría proporcionar, en la actualidad se ha abandonado prácticamente la idea de crear un sistema antimisiles capaz de establecer una campana impermeable que proteja a todo el territorio y a toda la población de un país. De lo que se trataría es de defender una serie de objetivos militares básicos, como los silos de los misiles propios o las bases de los submarinos nucleares. De esta forma, se complicarían los planes de un eventual ataque de los

misiles soviéticos y se negaría a la URSS la capacidad de realizar un primer golpe que destruyera las armas nucleares americanas.

Ciertamente un sistema antimisiles complicaría los planes soviéticos, pero con él o sin él la URSS carece de la capacidad de realizar un primer golpe que destruyera las armas nucleares americanas: los sistemas basados en el mar y en el aire son parcialmente invulnerables, y además realizar un ataque perfecto en puntería y sincronización que destruyera en sus silos a los más de mil ICBM americanos resulta prácticamente imposible. Pero, sobre todo, habría que ver si el margen adicional de complicación que se introduce en los planes soviéticos merece el que se pague el enorme precio económico y político que supone el despliegue de un sistema defensivo de este tipo. En efecto, incluso si no permitiera garantizar un 100 por 100 de

Si EE.UU. y la URSS desplegaran sus respectivos sistemas antimisiles, Europa quedaría totalmente vulnerable entre dos potencias que lo serían en menor medida.

invulnerabilidad del territorio americano frente a un ataque soviético, un sistema antimisiles seguiría siendo un intento de aumentar la invulnerabilidad americana y

de desarmar parcialmente a la Unión Soviética, es decir, de inclinar sustancialmente la balanza nuclear a favor de Estados Unidos y de buscar una superioridad norteamericana en este campo, el más sensible de todos.

El proyecto de guerra de las galaxias ha sido recibido con especial preocupación en Europa occidental. Existen en primer lugar una serie de razones militares. La estrategia de defensa de la OTAN está basada en la respuesta flexible, pero si ambas superpotencias poseen sistemas antimisiles quedaría reducido el abanico de opciones de posible respuesta de la OTAN en caso de un ataque del Pacto de Varsovia. La estrategia de la OTAN prevé la posibilidad del uso de armas nucleares en caso de que la superioridad convencional del Este arrolle a las defensas aliadas; ahora bien, si los soviéticos desarrollaran

un sistema antimisiles, que previsiblemente protegería sus bases militares más importantes, se reducen las posibilidades de respuestas nucleares limitadas, que serían más fáciles de neutralizar incluso si el sistema antimisiles no es totalmente impermeable.

En el caso de Francia e Inglaterra existe una preocupación adicional. En caso de que americanos y soviéticos terminen desplegando un sistema antimisiles, la eficacia de las fuerzas nucleares francesa y británica quedaría gravemente limitada, lo que obligaría a estos dos países a optar entre renunciar a ellas o lanzarse a una carrera de armamentos para potenciarlas.

En un sentido más general, en Europa existe una especial sensibilidad en relación a algunas de las posibles implicaciones de la guerra de las galaxias: lo ilusorio de buscar soluciones tecnológicas para los problemas políticos y, sin embargo, lo característico que ello es del enfoque americano de las relaciones internacionales; los peligros de una militarización masiva del espacio, y de una carrera de armamentos a gran escala; los efectos negativos del SDI sobre las relaciones Este-Oeste, en cuya estabilidad están especialmente interesados los países del continente.

Si EE.UU. y la URSS desplegaran sus respectivos sistemas antimisiles, Europa quedaría sola en medio, totalmente vulnerable entre dos potencias que lo serían en menor medida. Ello agravaría la actual asimetría estratégica entre Europa occidental y Estados Unidos. La defensa de Europa occidental se haría comparativamente más difícil, y los países que la forman tendrían que pagar un precio más alto para asegurarla: habría que escoger entre una mayor «disciplina» dentro de la Alianza Atlántica o una mayor «comprensión» de los intereses «legítimos» de la Unión Soviética.

Los norteamericanos han negado que

En este momento todavía no se ha consolidado la estructura de intereses de todo tipo que cada vez hará más difícil detener la progresión del proyecto.

esta evolución sea inevitable, afirmando que extenderían el sistema antimisiles para que protegiera también a Europa occidental. Es cierto que en la fase terminal (de las tres en las que, como vimos, consistiría un sistema defensivo) resulta técnicamente más sencillo disparar contra misiles de alcance intermedio como los que existen en Europa que contra los misiles intercontinentales, porque la velocidad de reentrada en la atmósfera de éstos es mayor que la de aquéllos. Sin embargo, si los problemas técnicos para destruir un misil intercontinental son enormemente difíciles de resolver, las dificultades se multiplican en el caso de los misiles de alcance intermedio situados en Europa, cuyo período de vuelo es, como vimos, de unos ocho minutos. Pero hay que centrar el tema en su verdadera dimensión, que es política. En esos ocho minutos no existiría la posibilidad material de consultar a los dirigentes europeos sobre la conveniencia de apretar o no el botón del sistema defensivo, por lo que esa decisión tendrían que tomarla, de hecho, los responsables americanos. Europa sufriría así una grave pérdida de soberanía sobre algo tan vital como su propia defensa.

Los americanos insisten en que el proyecto SDI está todavía en fase de investigación, y que todavía no se ha tomado la decisión de desplegarlo. Cuando se han gastado grandes cantidades de dinero en la investigación de un determinado sistema de armamentos se generan unos poderosos intereses políticos y económicos que presionan a favor del despliegue efectivo del mismo. Después de haber gastado miles y miles de millones de dólares, resultaría bastante difícil para el Presidente y para los miembros de la Administración decirle al Congreso: «Muchas gracias por todos los millones que nos han dado, pero nos hemos equivocado. El sistema defensivo no puede funcionar. Sentimos haber gastado tanto dinero. Gracias de todas formas». Por otra parte, los miembros

del Congreso en cuyas circunscripciones electorales se encuentran las industrias a las que se les adjudicaron los contratos para investigar sobre los diversos componentes del sistema defensivo presionarían para conservar esos puestos de trabajo, es decir, para conseguir que se desplegara el sistema antimisiles. Lo mismo harían los representantes de esas industrias y el poderoso lobby del complejo militar industrial. Además un programa americano de investigación en gran escala obliga a los soviéticos a iniciar el suyo, con lo que la existencia de este programa de la URSS será considerado como motivo suficiente para que los americanos no bajen un segundo la guardia en este campo: de esta forma, el SDI puede convertirse en lo que los anglosajones llaman una profecía que se autoconfirma.

Pero en este momento todavía no se ha consolidado la estructura de intereses de todo tipo que cada vez hará más difícil detener la progresión del proyecto. Europa occidental tiene un interés objetivo en limitar el alcance del SDI, y cuanto antes empiece a dejar oír su voz sobre este tema más posibilidades habrá de que esa voz sea escuchada. Los europeos pueden expresar su punto de vista mediante canales bilaterales o multilaterales, pero la eficacia política de éstos podría ser mayor que la de aquéllos. En un momento en que Europa occidental busca encontrar los fundamentos de una identidad estratégica propia y definir unos intereses propiamente europeos dentro del marco atlántico, el SDI ofrece una oportunidad para que los países europeos se pongan a hablar entre sí sobre este tema e intenten llegar a un punto de vista común. La gravedad de los efectos potenciales del SDI sobre sus intereses y el impacto del tema sobre la opinión pública —impacto que ha llevado a Reagan a afirmar que el término «guerra de las galaxias» ha contribuido a desprestigiar el proyecto— justificaría esta iniciativa. La Alianza Atlántica sigue siendo

Si no hay acuerdo y Estados Unidos continúa como hasta este momento se abrirá una fase muy peligrosa en las relaciones internacionales.

fundamental para la seguridad de Europa occidental, porque en este momento no hay nada que la pueda reemplazar. Pero dentro de ella los países europeos deben

tomar plena conciencia de cuáles son sus intereses ante determinadas cuestiones y tratar de defenderlos. Si los países de Europa occidental miembros de la Alianza llegaran a un punto de vista común sobre este tema y lo comunicaran a los norteamericanos, quizá éstos tendrían que tomar más en cuenta las implicaciones del SDI para los intereses de sus aliados. España, como país que contribuye a la defensa occidental y como país europeo, tiene la oportunidad de participar en este debate, en el que se manejan cuestiones vitales para su seguridad nacional.

De hecho, las discusiones no tendrían en principio por qué limitarse al tema del SDI: la apertura de conversaciones sobre armas nucleares afecta claramente a los intereses de seguridad europeos, y convendría que también se llegara a puntos de vista comunes sobre los diversos aspectos de la negociación, en particular sobre las armas de alcance intermedio. Estos puntos de vista comunes a su vez serían comunicados a Washington como el punto de vista de los aliados europeos e, igual que en el caso anterior, todos los miembros europeos de la Alianza tendrían que participar en su deliberación. Sin embargo, sería más fácil empezar este proceso de afirmación del punto de vista europeo por un tema cuyas implicaciones para el continente podrían ser graves y que goza de un eco importante en la opinión pública, en lugar de intentar hacerlo todo al mismo tiempo y colocar sobre la mesa todos los temas de las negociaciones nucleares.

El proyecto de defensa antimisiles se encuentra todavía en fase de investigación y no se puede acordar en unas negociaciones detener una investigación, porque no habría forma de verificar el cumplimiento

to de ese acuerdo. Tampoco es posible cerrar los ojos ante las nuevas opciones militares que van abriendo los avances tecnológicos. Pero acaso sí que sería posible mantener la dimensión del programa de investigación dentro de ciertos límites y al mismo tiempo abrir una discusión de fondo sobre el tema entre americanos y soviéticos. Sería una buena noticia que ambos acordaran que es posible y deseable pasar de la actual dependencia de los sistemas ofensivos a un nuevo equilibrio basado en sistemas defensivos. Ello abriría una nueva etapa en las relaciones entre las potencias nucleares, aunque habría que organizar con mucho cuidado la fase de transición. Pero, por todo lo dicho antes, y en primer lugar porque es muy difícil concebir seriamente que un sistema antimisiles pueda funcionar con eficacia, la probabilidad de que esto suceda es remota. Y si no hay acuerdo y Estados Unidos continúa como hasta este momento, actuando de forma unilateral y jugando con la idea de una política de hechos consumados, se abriría una fase muy peligrosa en las relaciones internacionales.

Hemos visto que las conversaciones sobre armamentos nucleares que ahora se inician en realidad consisten en tres negociaciones paralelas sobre tres tipos de armas diferentes, con una interrelación política entre ellas. Ni la URSS ni EE.UU. aceptarían realizar una concesión en una determinada categoría de armas hasta que la otra parte aceptara hacerle a su vez una concesión que le resulte interesante, ya sea en la misma categoría de armas o en otra distinta.

Esto tiene la ventaja de la flexibilidad en la negociación, de que permite responder al hecho de que los sistemas nucleares norteamericano y soviético no tienen por qué ser simétricos, y de que, sobre todo, hace frente a una situación real, que es la relación de fondo existente entre los diversos tipos de armas nucleares, ofensivas y de-

fensivas, estratégicas y de alcance intermedio. La negociación integrada además ha permitido a la URSS un regreso airoso a la mesa de negociaciones, porque siempre puede decir que se trata de negociaciones nuevas y distintas de las que suspendió en 1983.

Este modelo de negociaciones también tiene desventajas. Su complejidad es mucho mayor, porque se hace necesario contemplar cada punto de la negociación en su interrelación con todos los demás. Por otra parte, el éxito en cada punto concreto depende políticamente de cómo vaya la negociación en otros temas: puede que un acuerdo sobre una determinada cuestión sea en sí mismo fácil, pero que una de las dos partes decida bloquearlo hasta que se llegue a un acuerdo en otro punto que a ella le interese. Esto resulta especialmente peligroso en estas negociaciones, porque los diferentes puntos de vista sobre la guerra de las galaxias pueden impedir que se llegue a acuerdos sobre armas estratégicas o de alcance intermedio.

Finalmente, la estructura de la Alianza Atlántica crea complicaciones adicionales. La Unión Soviética intentará manipular a su favor la diferencia entre los puntos de vista de europeos y americanos; los primeros interesados sobre todo en las armas de alcance intermedio y los segundos en las armas estratégicas y espaciales. Por ejemplo, si existiera un acuerdo de principio sobre armas de alcance intermedio, los soviéticos podrían bloquearlo hasta que se llegara a un acuerdo sobre armas estratégicas y al mismo tiempo exigirían en este ámbito condiciones muy duras, conscientes de que los europeos presionarían a los americanos para que aceptaran a fin de asegurar un acuerdo sobre las armas de alcance intermedio, que son

Los diferentes puntos de vista sobre el SDI pueden impedir que se llegue a acuerdos sobre armas estratégicas o de alcance intermedio.

las que más les interesan. Las armas espaciales son las que más se prestan a manipulaciones soviéticas de este tipo, dada la distancia entre los diversos puntos de vis-

ta sobre la cuestión. Por este motivo, cualquier toma de posición europea sobre el tema debe dejar claro que se trata de una toma de postura en el marco de la Alianza Atlántica, y no contra Estados Unidos.

¹ Yuri Andropov, citado por McGeorge Bundy, George F. Kennan, Robert S. McNamara y Gerard Smith: «The President's choice: Star Wars or Arms Control», en *Foreign Affairs*, winter 84-85, págs. 270-271.

(N. de la R.). La primera parte de este trabajo fue publicada en LEVIATAN, n.º 19, Primavera 1985, con el título «Las conversaciones de Ginebra».

TIEMPO DE

PAZ



SUMARIO

N.º 5 y 6

Debate Otan: Estructura civil, estructura militar.
Informe especial: la guerra de las galaxias
Zonas desnuclearizadas
Doctrinas militares de la Otan: FOFA y
AIRLAND BATTLE
La IV Convención del END en Amsterdam

Suscripción: (1.500 ptas. cuatro números a TIEMPO DE PAZ, c/ Mayor, 6 - 5º 4º bis - 28013 MADRID - Tel. 231 29 85).

